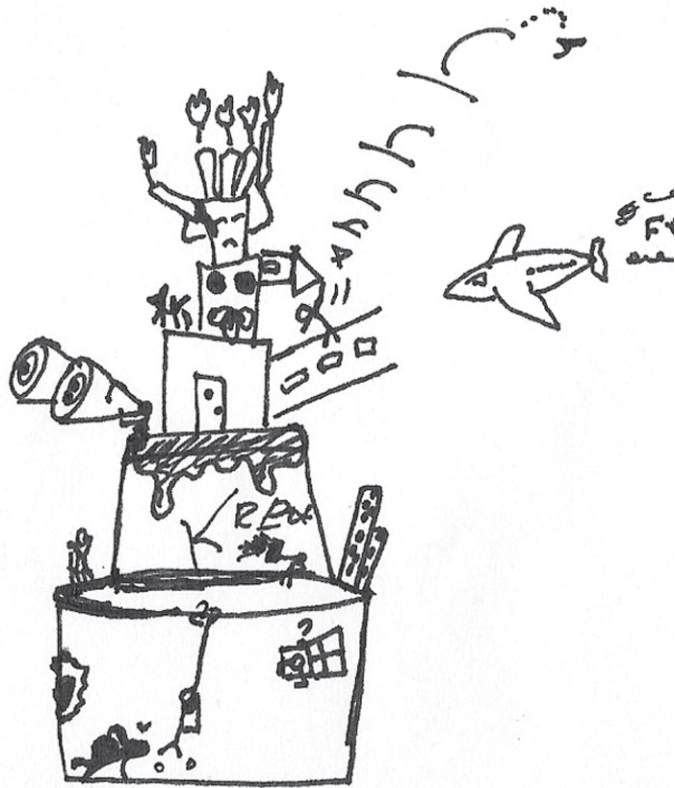
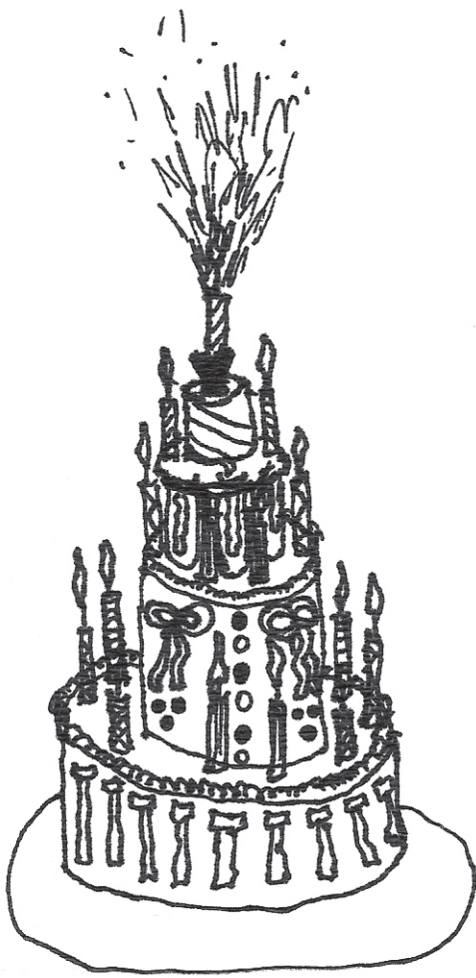
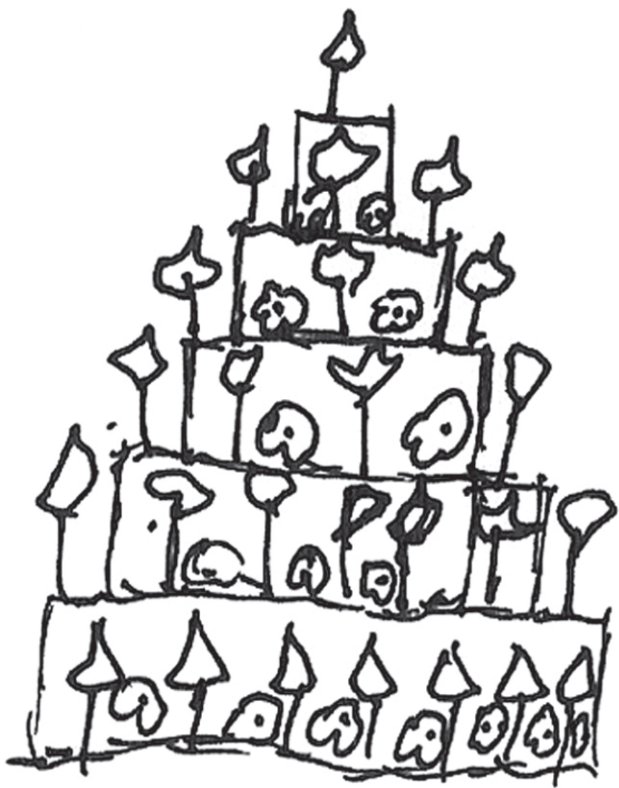


EL SURMENAGE DE LA MUERTA

(tiempos temporosos, 5 años 5)

Año 6, Número 14 - Buenos Aires, Argentina - Marzo 2006



El tiempo

Fernando Fazzolari

En el límite del sendero que nos lleva hacia la noche profunda, allí donde la oscuridad se topa con la bruma que acompaña la verdadera noche en las primeras horas de la madrugada -ese instante en que los que partieron, ya llegaron y los que no, ya se desplomaron en sus tenues o turbulentas quimeras- Franco y yo nos sembramos en la cama a esperar que el sueño nos abrace plácidamente mientras las imágenes recordadas del zapping nos ofrecen una especie de reporte mutilado de la nada, y mientras pantalla que nos ilumina, nos va entumeciendo lentamente los párpados en su calidoscopio de vidrio.

Un sahumero se quema.
Pequeña estrella roja en la noche, brasa lejana, un aroma de selva, pastos quemados, hojas secas de sándalo o de mirra.
En una línea, de perfecta y perpendicular plomada, se eleva el humo.
Una línea increíblemente recta.
Tal era la quietud de la noche y del silencio.
Así era la blanca estela de un carbón solitariamente encendido navegando en un mar playo bajo las estrellas del video.
En ese instante de intimidad y silencio, es cuando con Franco cambiamos opiniones, pensamientos, obligaciones, reflexiones.
Momentos donde las palabras de ambos son dichas para que puedan ser exclusivamente oídas por el otro.
Entre esas palabras tan presentes y únicas, el tímpano del humo vibró para romper su leve gravedad vertical.
Franco extendió su brazo y abrió su mano reclamando silencio.
Un gesto sigiloso.
Obedecí.
Señaló el cordel de plata que vibraba en lo alto.
Dejamos al silencio regresar a su trabajo.
- Pá, mirá. Murmuró.
- Sí, hijo, escuché cómplice y alerta.

Nuevamente el elástico plomo de acero se conmovió suavemente.
- ¿Viste las formas que toman las palabras en el humo? Dijo grave.
- Maravilla, contesté.
Mi corazón se expandía ante una revelación.
Satori, pensé.
Hablamos luego, con voces cada vez más bajas, más altas, más agudas, más hondas, ilusorias, frutales, cristalinas, acuosas, pétreas, laboriosas, interminables como estratagema, tiempo, cosmológico, catafalco; lúcidas como si, como no, como nada.
Palabras con cuerpo, con silencio, con angustia, onomatopeyas, nombres de dioses, de guerreros, de ciudades, de nubes, nombres de letras, de números, de des.
Musitamos, suspiramos, soplamos.
Evitamos gritar para no despertar a nadie. Ni siquiera al humo.
Era casi un acto secreto.
Franco había descubierto la veta gloriosa de un yacimiento de poesía.
Yo asistía fascinado a ese momento de encuentro con los fenómenos.
Franco se durmió mansamente en la paz de una iluminación de la naturaleza.
Y yo deslumbrado. En un insomnio feliz.
Mientras duró la fragancia luminosa fui dictándole palabras a su sueño de seda.
Alumbre.
Catarsis.
Cilantro.
Alcanfor.
Camiseta.
Ilusión.
Amor.
Ron.
Abrazo.
Masaje.
Terciopelo.
Y así hasta que el diccionario de los sentidos se cerró sobre mis ojos en el amanecer.

Sobre el tiempo

Pablo E. Chacón

El día mundial de la competencia

Hace tiempo que no tengo ideas.

En mi sistema de creencias, la idea de idea, cualquiera sea la idea, si es que es una idea, está asociada a la atención. La mecánica de la atención se traduce como un extrañamiento del mundo.

El extrañamiento del mundo no tiene opuestos.

La idea tiene su opuesto en la opinión (o las opiniones).

Hay opiniones en mi cabeza, y así como vienen se van. Pero no quiero mentir: no siempre se van. Mejor que se vayan, seguro, que se vayan todas, pero no siempre se van.

Es así: las opiniones aburren. A veces las saco para cooperar en la aventura de la vida social. Es una especie de amnesia o atención flotante, pero para encontrar algo que capturar, algo que capture la atención, que rompa la cáscara, la inercia de esa amnesia, es imprescindible ponerse a trabajar.

Pero las opiniones no siempre se van. Suelen instalarse, conversar, preguntarse y responder, y acordar por ejemplo que esto o lo otro o lo que sea está bien o que ya está, está listo para la imprenta o lo que sea. Eso está bien, razonablemente, hasta que en algún momento sucede no sé qué y el encanto o la amnesia se rompe o se pierde y el producto terminado, diseñado, no es más que una opinión, producto del aburrimiento, del apuro y no del deseo.

Entonces hay que ponerse a trabajar otra vez, y prestar atención.

Es paradójico: incluso quienes tienen trabajo están desempleados. Es más, casi todos los que tienen trabajo están desempleados.

Siempre pensé que trabajaba demasiado. Pero hasta que no tuve que arrastrarme sobre la alfombra de una habitación de hotel, incapaz de rematar un verso, no supe qué cosa era trabajar demasiado. Ese día restó más que sumó: tenía en la mano una sola pelota.

Digamos que sos un zapatero, un zapatero bastante bueno. Pero perdés el brazo, y nadie lo sabe. Sólo saben que tus zapatos siguen siendo buenos. En el taller trabajás con los dientes, agarrás con los dientes la suela del zapato y martillás con el otro brazo. Al final es el mismo zapato, pero ahora fabricarlo es mucho más difícil y no tenés ganas de quejarte.

Después de un tiempo, si se está atento, algo cede. Pero tiempo suficiente está lejos de lo que es tiempo suficiente. Suficiente suele ser más de lo esperado. Y no empezar nada que no pueda abandonarse. Es hacer sin esperar resultados. Porque hacer sin esperar resultados cambia la manera de hacer. El punto es renunciar a la idea de lo suficiente. Si se piensa que es una semana, no es suficiente. Si se piensa que es un mes, no es suficiente. Si se piensa que es un año, no es suficiente. Si se piensa que es una década, no es suficiente.

Entonces, ¿qué se puede hacer con una sola pelota? Partir de cero.



Todos los días

Romina Freschi

Todos los días

La rutina

Es correr y correr

Un poco más

La rutina

Tantos cambios

Me recorren

Me corren

De lugar

Decirte te amo

Comprobar que te amo más este día

Dejar el dolor

Hoy un poco más

Que ayer

Siempre nuevo

Siempre sorpresa

Siempre siempre

Un nuevo horario

De trabajo

Es mejor

Mejorar

Nunca superlativo

Siempre comparativo

Correr correr

Me canso

Pero si estanco

Me canso peor

En el movimiento

Avanzo

Para avanzar

Para

Avanzar

La preposición me da el salto

Al movimiento

Nunca posiciono

Correr y correr

Sumo

Correr o correr

Oh

Éste es

el tiempo de la interjección.

Atrayente escribiente

Patricia Carini

Tiempo:
he decidido darte un traje

Tiempo:
he dibujado inquietud
y salvado mi humilde persona
veintiún minutos

Tiempo:
He viajado con el peso de una gran tristeza

Tiempo:
He abrumado tu violencia, visitado callejones mentirosos,
subido de rodillas a tu altar, bailado bajo una fría lluvia,
pronunciado insultos injustos, traicionado en tu nombre,
y escupido sobre tumbas.

He despedazado alguna felicidad, mendigado amor,
desaprovechado mi don, caminado sobres brasas apagadas,
fracasado en la infelicidad, seducido a la juventud,
y festejado casi todos mis cumpleaños.

He jurado y quebrado juramentos, mirado a los ojos sin ver,
preparado rica comida sin tener ganas, bebido de más en malas compañías
holgazaneado demasiado, peleado con armas miserables
y abrazado como nunca lo hicieron.

He regalado música bella, construído una casa con luz,
deseado morir de amor, deseado infinitamente,
desarmado vidas imperfectas, quemado mapas perfectos
y destruído brújulas mezquinamente.

He arrancado brillantes de mis orejas, tirado a la basura dos certezas,
ejercido malas artes, olvidado lo profundo,
golpeado a inocentes, comulgado por comodidad
y corrompido algunas creencias.

He soñado sintiendo miedo, atravesado la línea,
despreciado a Sandro, ajusticiado a Fito Paéz,
robado una nuez moscada y aguado un Ballantines, perdón.

He volado 9.871 km enojada, volado 9.871 km arrepentida
protegido a Miranda, querido otra forma de hogar,
elegido a mi hombre, aprendido imágenes, hamacado fragmentos
y abierto el blanco en el blanco.

He trazado magia, carcomido la locura,
reconstruído prismas, dañado sin inocencia,
perdonado sin testigos, duelado tontamente
y fingido pasión.

He conducido convencida, cortado girasoles,
derrapado antesdeayer, liberado palomas,
leído libros detestándolos, mirado obras llorando
y acunado amigas tristes.

He navegado para encontrarla, desvestido santas,
tragado piedras ámbar, despreciado el precio,
valorado lo imperfecto,
y rezado desganada.

He pateado un perro blanco, alimentado un gato,
inflado un globo violeta, pedido piedad,
oscurecido una mañana, besado su espalda
y amanecido desesperada.

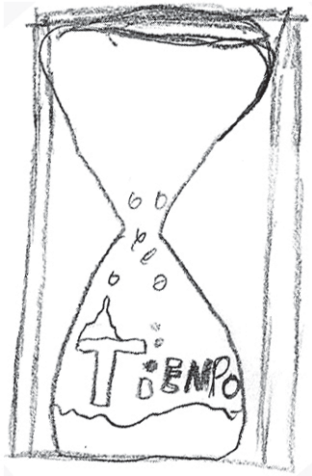
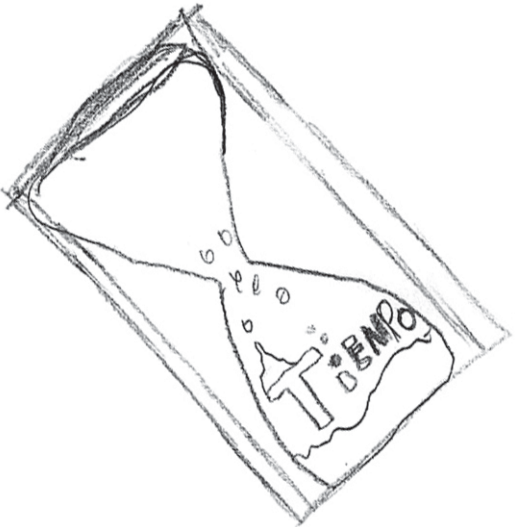
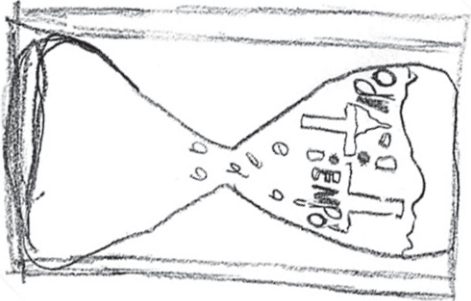
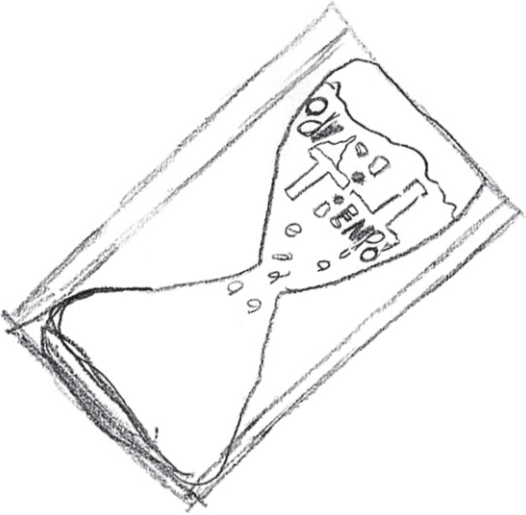
He llegado tarde, inclinado la asamblea,
escurrido mi cuerpo a la caricia, vomitado odio,
formulado teorías inconsistentes, creído teorías
y fabulado orgías.

He abandonado enfermos, dejado de pagar patente,
oído relatos futboleros, adorado a mi dama,
cambiado en invierno, mutado en abril.

He tomado sol sin pantalla, incumplido el turno,
quebrado reglas amables, pasado algo rojo,
detestado un olor, arrojado un cepillo de dientes,
imaginado brazos, cinco.

He intentado escribir, escuchado ópera a las 3.AM,
movido cielo y tierra, experimentado dejar la burla,
movido lo posible, para ser así.

Me aceptas?
Me perdonas?
Gracias de nada
Tiempo.



El presupuesto del tiempo

Jorge Garnica

En mi juventud viví en un suburbio del sur, a pocos kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires; el barrio se agotaba frente a nuestra casa, después el campo y el Río De La Plata, nada más.

Cuando mi padre hizo construir nuestra casa centró todo su interés en las ventanas, decía que el valor de una vivienda estaba en la disposición de sus aberturas y la calidad de ellas, así que la construcción era modesta ,hasta descuidada, pero sus ventanas eran bellas en su diseño y posibilidades.

De paredes malamente terminadas mi cuarto daba a la calle pero su ventana era amplia y del tipo americana. Por las tardes de verano la luz entraba calma por los listones; vista desde el interior las tablillas que la conformaban creaban haces luminosos horizontales que semejaban una pizarra virtual. Tenía la costumbre de permanecer inmóvil y desnudo en mi cama, viajaba en sueños de vigilia, la habitación me contenía y así pasaba las horas de las tardes.

Mi memoria escribía sobre la superficie imaginaria creada por las sombras y las líneas brillantes. Imágenes, voces y sensaciones se depositaban sobre esa superficie intangible; ellas aparecían muchas veces vulnerando mi voluntad: el juego del recuerdo, sin orden ni precisión, como suele suceder con toda evocación. Era un relato de superposiciones intemporales en diálogo con mis emociones.

Permanecía recostado, respirando lentamente para poder recorrer mi cuerpo observándome por dentro, sintiendo mis pies, palpándome, expandiendo el aire de mi pecho. Tenía un método para ello y lo había tomado de una novela de viajes que leí en mi adolescencia. Como el método no estaba descripto en la historia experimenté posibilidades, hasta que inventé uno que me pareció probable.

La narración hablaba de la experiencia de un viajero occidental por un desierto de Africa, a fines del siglo XIX. Herido lograba escapar de la persecución de un temible Tuareg que quería matarlo; encuentra refugio en una choza donde vive un anciano ciego y éste lo ayuda a curarse. La comunicación se les hace difícil al principio pero finalmente logran entablar una amistad. El viejo, en el período de convivencia, le enseña a meditar como los chamanes sufíes. El personaje, que pasa muchas horas en soledad mientras el anciano salía a buscar sustento por las calles, permanece estático en un camastro, en parte por la debilidad, en parte por el temor de ser ubicado. Ocupaba su mente en reconstruir su existencia; cuando sus recuerdo se terminaron comenzó a mirar alrededor y las cosas que estaban próximas a él se confundieron con su realidad extranjera, su idea respecto del mundo cambió. Pensó en los materiales con que estaba hecha la choza y concluyó que aunque distintos, no habían padecido procesos diferentes de los que lleva una vida. Entendió su cuerpo como habitat y que éste había sido moldeado con palabras que determinaban la geografía de su carne, así como el madero que sostenía el primitivo techo de paja había sido tallado por una herramienta anónima, cargada de violencia y saber atávico. Ayuno de razón y cansado de mortificación se placía en ver las horas pasar; su breve oasis.

Nunca sabré si el relato se basaba en una experiencia real o forma parte del universo ficcional , sólo tomé lo palpable de aquella aventura literaria, entré en el verosímil, lo hice propio.

Como el héroe de aquella novela descanso -aun hoy- por las tardes en mi cama dejando pasar las horas, reconociendo mi ámbito, buscando, en el placer de pensar. Mis heridas son otras –menos heroicas-, ciegas, imperceptibles, no me persigue sino mi historia y nadie volverá para alimentarme. Desnudo frente a la vida juego a comprender mientras el mundo se desdibuja en gestos que no son literarios, lo real se reparte como esquirilas al abrir los ojos y observar a mi alrededor.

La verdad es construcción que en oportunidades tiene la forma de los caprichos, algunas veces la habilidad de quien quiera imponerla hace que ésta logre un estatus superior. Cuando más recursos argumentativos se posea más efectividad habrá para convencernos de que ella, no solamente es buena, sino que además es fundamental para la comprensión de la vida.

Lo verdadero, más cercano a lo cotidiano y singular, parecería ser un camino adecuado para una mirada nueva sobre el mundo. El espacio y tiempo de sí mismo como cartografía de un territorio fundante.

Soy pintor y la pintura me brinda esa región para albergue del alma, un lugar donde se puede abordar la realidad con posibilidad ética y un diseño metafísico propio en el cual podamos sumergirnos; desde el tránsito sensual de la materia hasta la disolución del espíritu para su resignificación frente a nuestro momento existencial. Ante el vacío de la tela se presentan las imágenes como en una pantalla (las pienso sempiternas, transfiguradas), toman nuestro cuerpo con su lógica azarosa produciendo vibraciones que , cuando se logran gobernar , traen aparejada la felicidad; luz . El devenir de nuestro imaginario siempre es misterioso, pero no impensable. El cuerpo de un pintor es el receptor de ese torbellino romántico que llega hasta él, con métrica teleológica y tiempo objetivo.

Afuera, detrás de cualquier ventana, una fruta se desprende del árbol que la contiene; con ritmo cae, cerrando su ciclo vital. Nosotros, sabemos que eso sucede y muchas veces, sujetos a una indiferencia solipsista, obturamos la comprensión de ese acto. La mirada ofrece al pensar un hacer y su campo se amplía cuando ésta se desregula de la lógica del tiempo lineal.

Reloj de huída

Estela Kallay

Las manos huyen
los dedos fugan
la palma calma
descansa
no alcanza
este tiempo
perdido en el vacío
una memoria desazul
que en harapos
cuelga
relojes
que caen muertos
se derriten
duermen
relojes muerden
olvidados
de tan poco
pasar los días
días casi milenios
relojes
hundidos
en la caja
del cuadrante
de las agujas
que cosen las horas
no más el reloj
y su esclavo
no más el rito del tiempo
grabado en el latido
no más.



A última hora

Carolina Montano

Todo se repara
con tiempo
pero
el tiempo
no repara
todo.

Todo se procura
con tiempo
pero
el tiempo
no procura
todo.

Todo se disfruta
con tiempo
pero
el tiempo
no se disfruta
todo.

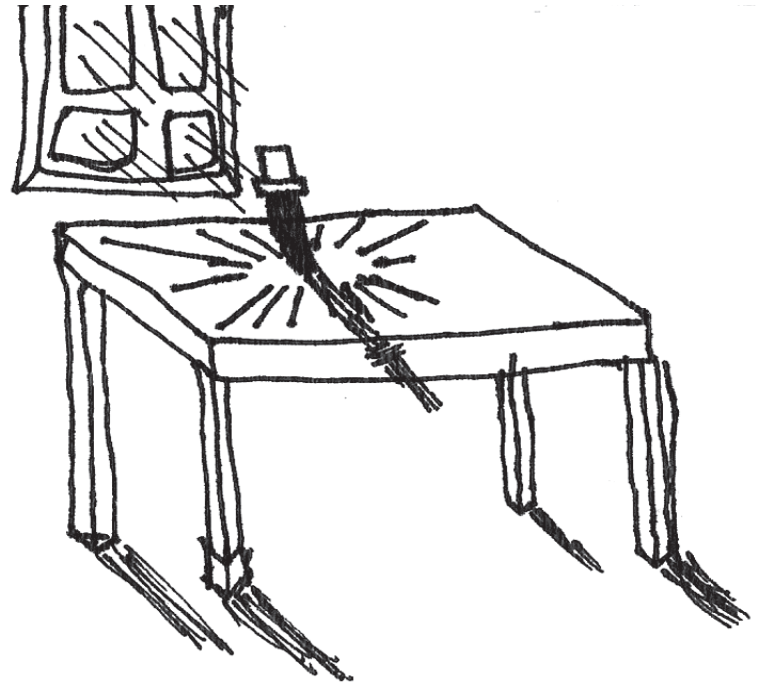
Todo lleva
tiempo
pero
es el tiempo
quien
se lo lleva
todo.



Fruta

Adriana Kogan

Cuando frutas descosidas reventaron
al unísono redondas derramaron
cuando el quiebre fue tal
cuando el estalle
la mesa el viento el aire el suelo pegoteados
gotas naranja
gotas rubí
salpicaron caripelas en espera
en lista de frutas detonadas
las caras tantas
las bocas abiertas
los ojos tragan
la quebrada espera de la larga
lista rota por fruta descosida
tibias manos de tibia bordadora
no se hace eco
no se hace he aquí
sólo tose la tonta bordadora
sólo espera
en lista
su caripela abrillantada sólo suda
aguja en mano en ansia del zurcido
fruta en mesa ya esparcida ya entibiada
frutas grasan miel
frutas cascaran nácar
las más redondas más delicias
miradas por aquellas caras
que esperan
tibias caripelas
redondas grasas descosidas como fruta
el pinche la costura y el hilado
la tonta bordadora
para fruta
su sutura
para sanar su agrio reviente
gotea tan agrio en esas bocas
tan abiertas tan que esperan
lo que fruta
no da.



Tiempo

Alicia Labín

El tiempo, el nuestro y el de los otros.
El que nos habita y nos trasciende.
El que nos roba el presente
con imprecisos recuerdos o ilusorios futuros.
El paralelo,
el del cuerpo y el del alma. El que duerme y el que sueña.
El que se escabulle en los olvidos y en los silencios.
El tiempo sin tiempo del amor y del dolor.
El tiempo que me espera sin esperanza.
El inútil de los ecos y los espejos
El del eterno retorno.
El tiempo-espacio cósmico
y el intangible de una mirada.
El tiempo en que nos perdimos y no pudimos volver atrás.
El tiempo de un sorprendente encuentro
y de los inevitables desencuentros.
El tiempo sin prisa de la resignación, y
el insoportable, el comprensible y el incomprensible.
El que nos demanda jugar la vida o jugar la muerte.
El tiempo sin brillos y sin sombras.
Y el indecible del éxtasis.
El tiempo de hoy y el de nunca.

Todos esos son mis tiempos, superpuestos, paralelos, sucesivos, ordenados, caóticos, cada uno cumpliendo su función, la del Secreto plan que el Dios de los dioses, el que terminará engullendo Todo en sus entrañas, reserva para mi y para el Universo.

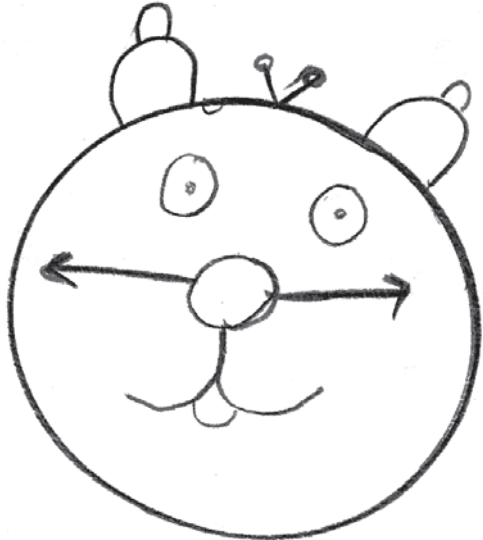
El pasado del rocío que cayó esta en el presente de mi amanecer,
tal vez los dos nos re-encontremos en esa ilusoria ficcionalidad llamada Eternidad.



Llore antigua

Nuria Schneller

Llore antigua
en los parpados
que razonan besos.
La luz moribunda del tiempo,
que henebra su lugar vacío
de mansas lluvias.
A donde llego, la noche.
A donde hallo, voy llegando
la fuente seca
que denota mis desiciones de agua,
en la vaga idea
de una posibilidad profunda.
(Hallar la noche en mi cuerpo
y la distancia en la boca).



Caminaban por el campo

Eduardo Zabala

Y decidieron regresar a la casa , cuando comenzaron a oír disparos de los cazadores.
El miedo se incrementaba y aceleraban el paso mientras trataban de hablar de otra cosa para disimular.
De nuevo hubo silencio, y luego un solo disparo.
Ella sintió un golpe seco en la espalda, cayó sobre sus rodillas, rodó dramáticamente por el suelo y dijo:
-Mecha, me dieron
-Boluda, tenías un mosquito en la espalda.

Espejismos de Inverness

Ana Lema

Hundir los pies en la tierra húmeda,
salir a correr por el parque
en los días lluviosos de invierno.

Recostarse a la intemperie
bajo el cielo lila, de las plácidas noches de agosto...

Y, juntos rindiéndonos
como si la realidad
transigiese al tiempo.

Cuarto de Montevideo

María José Mena

Entré a esa pieza atravesando la ciudad sin cruzarla, unidas por un mismo respiro: la inhalación en la puerta de salida del bu- que llegado a Montevideo y la exhalación larga, aterciopelada, adhiriéndose a los suaves paños del cuarto aquel.

Una respiración. Un hálito. Un acto de existencia breve, exac- to, entre el mar de acá y el hombre de allá, sentado, a la espera de mí, dentro de la habitación.

Me senté apenas al borde del colchón y aprecié la cama; casi cuadrada, de dos plazas, casi ataúd, perfectamente diseñada para encajar allí dos cuerpos.

La cama no se movía.

El hombre apenas

Sus ojos iban y venían de una parte de mí cercana a mí frente a otra parte de mí, cercana a la boca, no sé bien. Una distancia escasa recorría el hombre con la mirada...y la mirada lenta. Una contemplación casi, que recorría ese trozo breve de mi cuerpo.

El allí, silencioso, en una extremo de la cama, sosteniéndome la mano apenas y mirándome esa parte que he dicho

Y yo inmóvil, sintiendo la respiración de este hombre, escu- chando su respiración lenta, suave. Casi inmotivado, sin apuro y cargado de un sentir pesado, denso y adorable.

Entonces me bastaba el oído para saberlo allí, para abarcarlo, mientras mi vista miraba la cama y no paraba, no sé por qué, de pensar en un ataúd perfecto.

Suave me incorporé, sintiendo cómo mi mano, al deslizarse y separarse de la suya se desprendía lenta, como de un guante.

Por la ventana se veía la plaza. Y una hoja. Estaba una hoja allá afuera. Desprendida no sé de qué árbol volando hacia el norte a la altura un poco más abajo, o bastante más abajo, no sé. Pero no en el suelo ni cerca del suelo. Y tuve una pena intensa, una pena como de mastodonte, como de trasatlántico y una alegría juntas. Como de jolgorio de canarios.

Y era el tiempo, esa visión del tiempo cabalgando en el movi- miento errático de aquella hoja de un árbol que no sabía reco- nocer lo que compungía. Ese estado de ignorancia que se quie- bra con un saber sin nombre que te viene de pronto.

Me volteé hacia el hombre –que permanecía sentado en el mismo espacio de nuestro lecho pero con la cabeza ahora vuelta hacia mí- y hacia la ventana.

La cama estaba allí, igual a cuando había entrado a la pieza: misma longitud, mismo material, misma posición. Luego miré al hombre, que permanecía casi en la misma posición, como si ningún momento hubiera transcurrido.

Volvía a mirar la hoja: Ya casi llegada al piso.

—

El tiempo está dentro de uno, uno es cómplice del tiempo. El tiempo se lleva adentro, se lo vive...y sin embargo –como el destino de esa hoja y el destino desconocido para mí de ese hombre- estaban también fuera de mi alcance.

Se está dentro del tiempo, se vive en el tiempo...y, sin embargo, el tiempo seguirá de largo, porque aunque es parte de una también no lo es. Y la hoja y el hombre seguirían su rumbo después de mí. El misterio del tiempo. Lo extraordinario del tiempo: que siendo propio, que siendo dimensión de mi cuer- po, me excede. Se va más allá, como se fue lo de antes y yo seguí. Como las uñas de los muertos, que siguen creciendo después de muerto el muerto.

—

Miré la cama y supe que iba a ser siempre la misma, tangible, mensurable, extraña a lo humano, eso porque no se mueve.

Me acodé en la ventana y di una última ojeada a la hoja de un árbol ignoto, ya aterrizada.

Y miré al hombre en la cama. Caminé hacia él, despacio, sua- ve, lenta, retardando el paso, disminuyendo al máximo la dis- tancia entre paso y paso a fin de aminorar el sonido de los pies queriendo enlentecer el pasado, el presente y ese futuro, donde él no estaría.

Sentí la eternidad en un vacío de aire que de pronto y por instantes, embargó la pieza.

Luego nos tendimos uno frente al otro en el mullido ataúd para una paz furtiva. Y dormimos.

Autoexamen

Alejandra San Martín

Salió con la misericordia entre sus manos, manchándose la cara, su propia misericordia, la piedad de ella.

Un puñado de años te llevaron saber que era lo que no querías pero no lo que deseabas.

Tan contusa de miedo aquella tarde; una sucesión de nada sobera- nas te despojaron de tu trono del cual ya habías abdicado...y el pasado, lo antiguamente triste, queriendo recuperar ¿qué?¿ descen- der al infierno a rescatar a quién? no a otra que a ti misma. Y el para qué, cuando se instala el ¿para qué?. Temes por el grito de partu- riente que no oirás, que se ahogará en sangre no nata.

-“Sres está muy delicado, igualmente hay que aguardar 48 horas que son determinantes”-

Malditos hipócritas supieron desde un principio la gravedad ¿qué creen? que la historia de un hombre se archiva en un papel; para ellos todos mueren de la misma muerte; mejor el desasosiego, el sobresalto, la duda siempre ¿cuántas 48 horas de 48 horas habrá que esperar.

¡Qué inmundo cuerpo, un cosmos inconmensurable yace debajo nuestro, tanta sangre, pleura y oxígeno en combate constante.

Registros de algunos sentimientos

Mientras escribo la auténtica “Guerra del Tiempo” tiene su amplí- simo campo beligerante en mi cuerpo, pero el de abajo, el del do- lor, el que no veo.

La invisibilidad es amenazante.

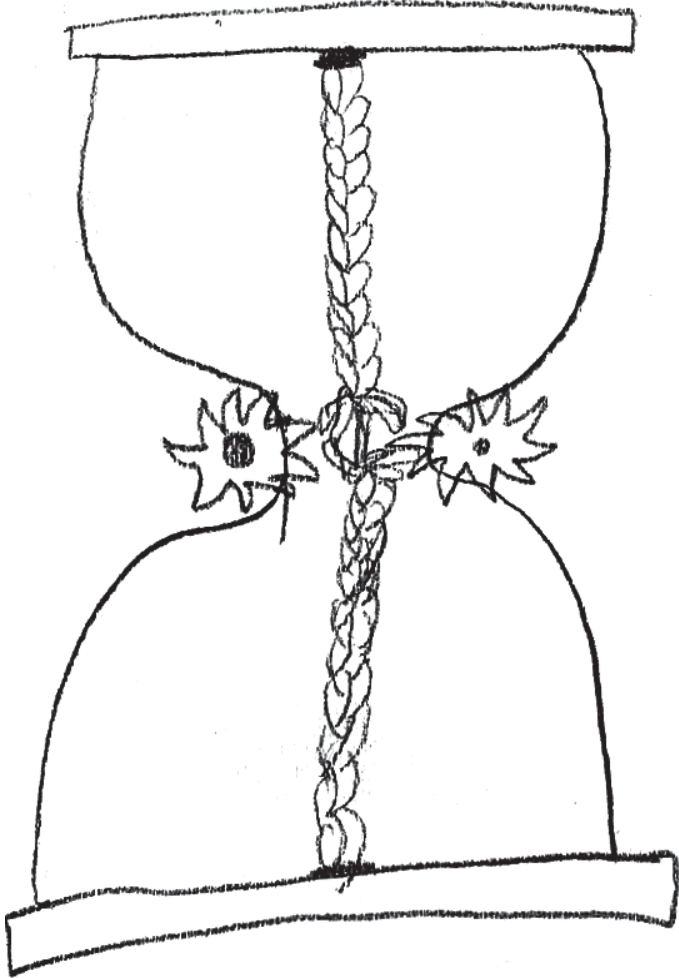
El tiempo soy yo, mis vísceras; a través de mí suceden los instantes mártires y vírgenes. Un monstruo que lo devora todo, oculto tras un átomo primigenio y arcano.

Innumerables pactos faustianos recreados en la imaginación y que como en un cuento fantástico la certidumbre de la imposibilidad y el hallazgo de un objeto libidinal que nos ofrezca cumplir un sueño, pero con su implacable y letal restricción.

Tiempo es anatomía mística y profana
compendio de disección
tripas sin ficción
errancia
clausura
cesación

¡Ah! con el mismo cuerpo se hace la vida, pero no quiero ocupar- me de eso ahora.

Guerra del tiempo y otros relatos, Alejo Carpentier.



TALLER U. 31

Estos poemas fueron escritos por mujeres que participan de un taller de lectura, análisis y producción de textos desarrollado por la *Casa de la Poesía* en la Sección Educación del *Centro Federal de Detención de Mujeres de Ezeiza* (Unidad 31). El taller -coordinado por la poeta María Medrano- es producido conjuntamente por la *Secretaría de Justicia y Asuntos Penitenciarios* (Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación) y por la *Casa de la Poesía* (*Dirección General del Libro y Promoción de la Lectura, Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires*).

Tiempo
de olvido, de recuerdo
camino sobre el corredor
tiempo
de hoy de ayer
camino cruzando puertas
tiempo
de amor, de odio
camino trasladando espíritus
sobre baldosas flojas, manchadas
pintadas, agujereadas, taconeadas, lineales, salpicadas
redondeadas con grises, negras, blancas...
tiempo/ tiempo/ crucé la barrera... tiempo hoy.

Betty Pastrana

Un diario cae
Se borrona
¡ya es pasado!

El anciano
Deteniendo el tiempo
Arrastra el paso

Ana Rossel



Pensando en mi gran futuro
el presente parece menos importante
y es más fácil creer que el pasado no existió
nunca

Pensando en mañana
hoy es mucho más simple
Y ayer fue una broma de mal gusto

Pensando en lo que voy a ver
Lo que estoy viendo no molesta tanto
Y lo que ya ví está lejos, casi invisible

que en el futuro
no aparezcan recuerdos monstruosos
que aún no me persigan.

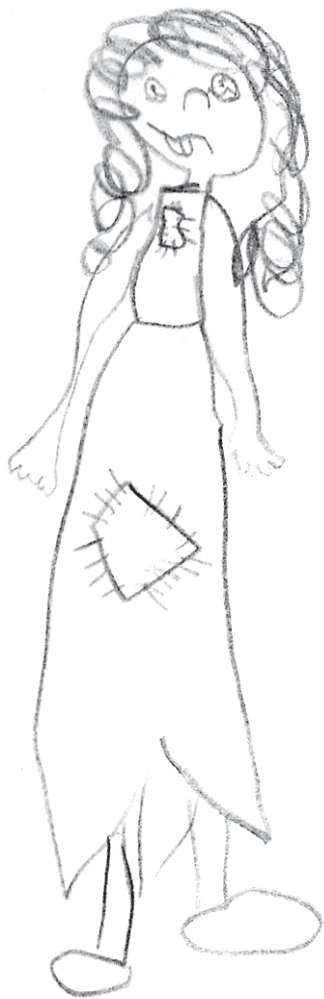
Anna Kliszc



Estoy recostada
veo recortes de imágenes volviendo del pasado,
el amarillo en las fotos
ráfagas de felicidad, deshilachadas por el llanto.
Siendo el perdurable aroma de los jazmines
resbalé en el tiempo, la genuina nostalgia de mi juventud.
Un mar corre bajo mis pies,
comienzo una modulación ascendente, me
potencio en otra dirección.
Si pudiera diluirme, flotar, plegarme
disgregando cada día vivido
a través de los años, el amor perenne
el espejo que refleja la imagen de mi presente.

Romina Ferrari



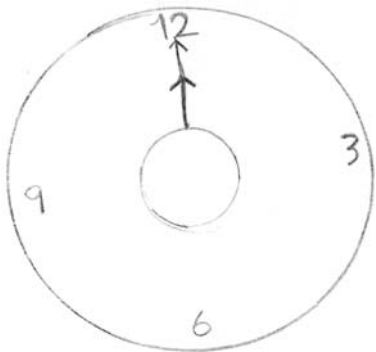


Fragancia del jardín
abandonado
¿encontraré aún
la enredadera
apasionada en la pared?

Si llego a tiempo
me invadirá el aroma
de las fresias las
guirnalda de glicinas
y los crisantemos en flor.

Si llego a tiempo
viviré junto a ellas
la emoción de las primaveras
que me quedan por vivir.

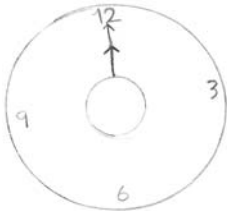
Edda Bikker



*Y no hallé cosa en qué poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.
Quevedo*

atardece
y el gnomon ya no mensura
espacios [regulares]
y una clepsidra
ocupando vacíos
[moldeados] siempre
y yo
[materia] fracción de eternidad
en sofismas de cuaderno
y el [tiempo]
de los nidos de cigüeña
[no es su ritmo]

Silvia Elena Machado



Magreb

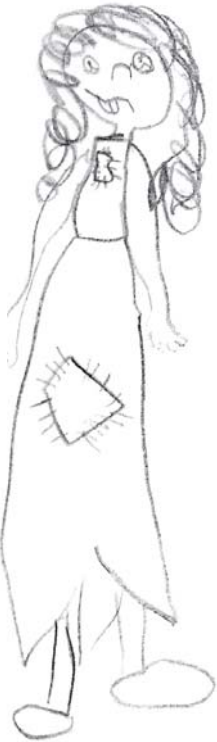
Si camino
puedo morir
Si el tiempo avanza
Mis horas se descuentan

quiero tanto apurar el reloj

Mi alma está suspendida
Y mi cabeza se desintegra

Mientras tanto
Mi cuerpo está liviano
El dolor no engorda.

Laura Ross



Tiempo es oro

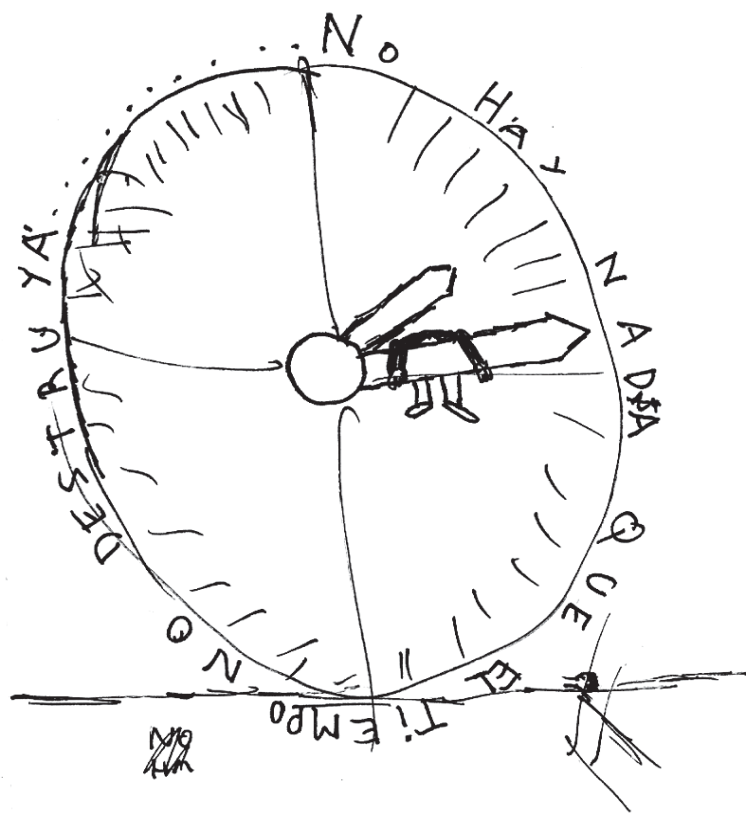
Juan Pérez Jaglin

Así decían cuando yo era un chico, a tal punto que una popular marca de la lana de tejer era TEO como sigla de “Tiempo es oro”, y lo aclaraba en la etiqueta para que no quedara ninguna duda. ¿Existirá aún? Chi lo sa. No tejo. Pero, ¿a quién se le ocurriría hoy perder el tiempo tejiendo? A algún artesano o artista desnortado, quizás.

Por otra parte, el oro pasó largos años desvalorizado frente al dólar hasta que alguien inventó el corralito y allí uno descubrió que el oro no tiene corral, salvo el de la caja de seguridad. El tiempo tampoco tiene corral, aunque no se pueda atesorar en un coffre fort ni cotizar en la Bolsa. Entonces ¿a quién se le puede haber ocurrido decir que el tiempo es oro? Al fabricante de lana, sin duda. Y al de relojes, también. Desde el tiempo de la clepsidra.

¿Para qué sirve el oro, más allá de un ínfimo uso industrial? Para canjear por tiempo es sabido que no. Los aborígenes americanos lo usaban como expresión artística o religiosa. Pero, ¿sirven el arte y la religión? ¿A quién sirven? A los conquistadores, nuestros ancestros, el oro les alimentaba una codicia criminal y absurda, que subsiste. Pero hoy día, ¿a quién se le puede ocurrir pagar la cuenta en el boliche con un mexicano, una libra, un panda o un lingote? La famosa frase ¿querrá decir que el tiempo también sirve para poco? El tiempo sirve para perderlo, cosa que uno debe tratar de no hacer con las monedas, aunque sean de níquel o vil papel, so pena de morirse de hambre.

Vivimos perdiendo el tiempo irremediablemente, desde que nacemos. Se nos escurre mientras lloramos, reímos, crecemos, comemos, bebemos, estudiamos, trabajamos, nos cansamos, jugamos, dormimos, pensamos, amamos, despreciamos, nos divertimos, gozamos, sufrimos, actuamos, escribimos, leemos, pintamos, borramos, compramos, vendemos, usamos el oro o sus sucedáneos monetaristas, invertimos, envejecemos. O como dicen en el desarrollado norte de este continente, vivimos seguramente con dos objetivos: pagar impuestos y morir. Ansiosos por llegar a la muerte, estación terminal de nuestro tiempo y de nuestro oro. Única coincidencia.



El tiempo I

Roxana Villarino

Las experiencias, lo que pienso y una constante reflexión a cerca de lo que sucede, las imágenes, las visiones, las certezas que se presentan y se suceden sin buscarlas.

Me pregunto una y otra vez que es el tiempo, lo observo, parece por momentos silenciosamente sonoro, hueco y profundo.

Primero es lo intuitivo, lo sensorial, luego vendrá inevitablemente la razón.

Primero serán las imágenes.

El tiempo como una línea recta, blanda, que camina sobre sí misma, que resbala una y otra vez. Una cierta oscilación. Una relación, tal vez, con el gráfico de un sonido y más aún con la línea que capta el monitoreo del ritmo cardíaco, la línea termina de oscilar, la persona muere...

Haz de luz... movimiento-quietud... velocidad, vértigo-desaceleración...

Luego las experiencias.

Pérdida de noción espacio-temporal que se manifiesta durante los traslados cotidianos, el estar sentada en un vehículo mirando hacia la calle o parada en un cruce peatonal y no saber, literalmente, si se “va o se viene” y en que punto del día se está, que ya se hizo y que falta hacer y que no se vuelve a hacer o sí. Y si todo no es nada de lo mismo...

Atravesar un túnel peatonal y sentir esa sensación de caminar en el mismo lugar, como sobre una cinta de correr. Yo estoy en movimiento pero el tiempo no-pasa, eso hace en realidad que no me desplace, estoy siempre en el mismo lugar, no porque no me mueva sino que el tiempo no transcurre. El reloj que se detiene y vuelve a andar. La inevitable sensación de saber que va después... cuáles serán las palabras... e irremediablemente escucharlas...

Ese único momento, la certeza de saber que la eternidad es un castigo insoportable y que la finitud es un alivio al alma humana.

La inmensa congoja al ver, una vez más aquel árbol otra vez verde.

Otra vez es primavera.

Lo ineludible de morir y lo ineludible de seguir viviendo...

El tiempo II

una mujer del otro lado de la calle
el tiempo parece detenerse por momentos
aquí o allá todo es igual
una cara u otra
un sentimiento u otro
no
y en algún punto
sí
nada insinúa como seguir
una sola certeza
no hay final
todo seguirá
el tiempo transcurrirá
el tren puede seguir indefinidamente
cuanto podríamos soportarlo
pero la memoria no cesa
y se pregunta quien la recuerda
voy al norte
no
al sur
el oeste nunca me gustó.



El tiempo III

Los sueños, qué es antes y qué después.

Qué tiempo transcurre entre realidad-vivida realidad-soñada realidad- vivida.

Hay un punto o varios puntos, en el cual la línea del tiempo se altera... volver- estar- volver.

Resbala sobre sí misma.

Vínculos.

Un niño cruza la habitación mirando hacia el suelo una y otra vez .

Una mujer recuerda momentos de su vida pasada y comienzan a mezclarse con imágenes de su vida futura que están fuera de su alcance...

Sufrimientos..?

A una hora indeterminada de la tarde...

...tres personas, dos mujeres y un hombre entran por una de las hojas entreabiertas de una vieja, puerta doble de madera a una casa. El lugar está abandonado y vacío, la luz natural que entra por alguna ventana o tragaluz ilumina el interior.

Se ven paredes con restos de pintura rosada, agua que cae sobre ellas y huellas de antiguas filtraciones en la pared. La estructura es sólida y está sostenida por gruesas columnas de material. En el piso, de cemento, se advierten algunos charcos.

Las tres personas observan el lugar, mientras lo recorren en silencio, en un momento el hombre mira a una de las mujeres y señalando sus pies le advierte que tenga cuidado, que el suelo está mojado. Ella al mirar hacia abajo repara en sus pies que están descalzos y nota que el piso está mojado...con manchas de sangre.

El Surtidor del cielo

Mariella Nigro

Un alto surtidor que el viento arquea, (...) un caminar de río que se curva, avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre.

Octavio Paz

I

Si estuve allí una vez,
Pero si no regresara,
fuera y viniera en el tiempo y yo no lo supiera,
si pasaran los años
y yo de espaldas detrás de mí me fuera
y traspasara el futuro.
Cómo si sólo afuera girara el mundo
y en mi plantara el tiempo su pie de plomo
y fijando mi rostro en un espejo cóncavo
la hermosura de entonces reflejara
y en el revés brillara la oculta vejez mía.

Pero si el agua volviera limpia
después del sacrificio
como si fuera la misma que mojó los pies de niña
y hasta el fuego incendiara idéntica madera,
cómo romper entonces el círculo del tiempo
cómo dejarle al amor el manantial
y el árbol encendido
si en el aire le dejara mi huella y allí él respirara.

Como si yo regresara, como si yo no me fuera
y siguiera mirándolo.

II

Como si fuera el futuro y yo no me encontrara
y mirara hacia atrás y viera el reflejo
de los años por venir
y alguien dijera que son agua
de una fuente aún seca
¿pero podrá negar que el cuerpo anegan?
Como si fuera el pasado y viera los momentos
como cuadros colgados, uno junto al otro,
agujeros negros hacia otro espacio siguiendo
su discurso de óleo y acuarela.
Como si yo sólo fuera una leyenda,
en cada libro un arcano anunciado en el lomo
y anatemas en los que ha dejado abiertos
y allí el árbol crecido en el muro del tiempo
y yo abrazada a él.
En silencio.

Y del follaje, saliendo la voz de los poetas.

III

Pero al abrir la puerta que da al futuro
alcanzaría el antes y el después de la memoria
de piel quemada al regreso del infierno
entre restos de plumas de los ángeles.

Cuadernos del tiempo archivan la agonía
al umbral de los verbos
y una máquina atrapa el libro de las horas
caído del viejo anaquel del librero

como si la palabra abriera la otra puerta
más allá del futuro, la puerta más pesada
clausurada por dentro.

Pero si pienso en la clausura
pero si hablo
pero si abro el atajo para llegar al cielo
qué absurda servidumbre si frente a mi perdura,
qué senda oscura para encontrar la muerte.

En la penumbra, cerradura violada,
cerradura veladura,
la puerta del futuro se está abriendo.

IV

El tiempo vuela con el viento de las horas.
Si mañana fuera ayer, si viviera hacia atrás,
si regresara hasta no nacer,
quedaría de a pie, de espaldas a la nada,
suspendida en el minuto como una lágrima.

Pero si ayer fuera mañana
esperaría al hijo con manos arrugadas
bendecido sería bajo el agua de la pila
que inauguró mi vida, hilo de agua clausurada
que bañara su rostro ya arrugado junto a la fuente
que bendijera al hijo de su hijo.
Como si madre se fuera desde siempre
e hijo desde entonces
como si mirara hacia adentro de los ojos
clausurando la noche del tiempo
siempre iluminada.

Así viera su rostro a la hora de mi muerte
como si yo partiera desde la misma cama
que le dio la vida
como si yo lo pariera después de haberme ido
y la trajera adentro, desde el vientre de mi madre.

V

Pero si volviera hasta el vapor de lo que luego fuera
el agua que me dio la vida,
si volviera hacia atrás
como si no durara,
hueso que desapareciera,
si replegara el río sus aguas
y sonara al revés su melodía
embistiendo con sus ondas lo que no existiría
más que en el aire,
bracearía contra la nada
revolcando en el lodo mi talego de huesos.

Tercamente
sumergiéndome en el río del tiempo,
contra Heráclito,
bañándome otra vez en las mismas aguas.

Pero la muerte
tal vez quede allá abajo,
donde el tiempo vertical se hunde.

VI

Que el cuerpo,
como si fuera Ulises buscando su destino
pero al pasado, remando,
construyera hacia atrás su geometría.

Y hubiera llegado el verano
con un frío cuchillo de obsidiana
entre los dientes. Sonreiría ante la muerte
y entonces
brillaría el filo.
Y en la oscura hendidura de lo blanco
una flor siempre negra y mojada
una cosa enterrada
encarnada
recordando al chuchillo.

Pero cae una lluvia sucia sobre el campo del sueño
y la herida reabre.
No celebro el diluvio. Sólo duele la sima profunda
y el recuerdo anfibio de la aleta

y allá arriba la dorada cabellera de Ofelia
aún flotando.

VII

Al final del río está mi nacimiento.
Hacia atrás remando
el corazón deshecho se despide del tiempo.
Ella está allí,
el tiempo circular es su collar de lágrimas,
ciega Lucrecia frente al espejo enjoyado
eternamente escoriada con su suicidio poético.

Quién conoce el tiempo.
Alguien dijo alguna vez
la primera palabra
y empezó la historia de luz
la diatriba apasionada.

Pero la muerte
siempre queda allá abajo,
donde el tiempo vertical se hunde.

VIII

Así, sí a todo se lo robara el río,
vertical y en ascenso se llevara
desde el gesto más leve al pensamiento oscuro,
si arrastrara el nacimiento
hacia el minuto último de vida
plegando el llanto primero
al postrero quejido de agonía.
Así
si en él se enterraran los dolores
como piedras formando en remolino
la alegría
si blanqueara la espuma
la corriente de sangre que lo empuja.

Pero si cambio el flujo allá en la cima
y hacia abajo desvío su bravura
lo embalso en otro cauce
un vertedero atrás
lo desoriento
le tuerzo el lecho
nazco otra vez
lo hundo.

IX

Sombreado luminoso estéril fértil
danzante replicante cristalino
como espejo del cielo estremecido
por las nubes de seres desolados
y abortos y dolidos.

Surte el agua caldeada en los recodos
que les cambia la suerte
y desploma con sus cantos
la alegría.

Corro con él, me estanco, me derramo.
Cuánto más seguiría su azaroso albur
su oscuro sortilegio, ese empinado vuelo
si dejara encauzar su agua bravía
por mi otro río, el que va a lo hondo.

Tiempo

Diccionario de Daisy
Diana Aisenberg

- * Cronológico, de sembrar y de cosechar, de gitanos, libre, lindo, muerto, nublado, nuevo, olvidado, perdido, psicológico, tirado.
- * Tiempo verbal, presente pasado, futuro, perfecto, imperfecto, pluscuamperfecto.
- * Contratiempo, destiempo, entretiempo.
- * cura.
- * dame tiempo.
- * no tengo tiempo.
- * qué hice con el tiempo.
- * a mal tiempo buena cara.
- * de tiempo en tiempo.
- * cuando te hayas ido.
- * nivel de vínculo.
- * siempre es viejo.
- * se lleva todo.
- * ¿cómo está el tiempo?
- * estar a tiempo.
- * tanto tiempo.
- * aprovechar el tiempo.
- * eran otros tiempos
- * todo tiempo pasado no fue mejor, sino igual al actual.
- * todo tiempo pasado fue mejor.
- * tiempos eran los de antes.
- * Maldito fabricante de olvidos.
- * Ya no se separa del hombre ni del universo.
- * El tiempo dirá.
- * Lo que ha sucedido una vez, puede volver a suceder.
- * Circular como el universo.
- * La amistad necesita tiempo.
- * La idea de vivir fuera del tiempo es una ambición del hombre.
- * A partir del crecimiento global de la tecnología de la comunicación, experimentamos una relación entre tiempo y espacio sin precedentes.
- * Voy a mi muestra casi todos los días a la hora de la merienda.
- * El tiempo que va pasando como la vida no vuelve más.
- Zamba de mi esperanza.
- * La revolución informática generó una situación donde las nociones tradicionales de lo que es “aquí” y cuando es “ahora” ya no son aplicables.
- * En Estados Unidos se considera que las buenas intervenciones durante los debates políticos televisados no deben durar más de siete segundos.
- * Tiempo del artista o del escritor, tiempo eterno del alma.
- * La vida es corta, el tiempo es largo. Pero pienso que si bien la vida es corta no por eso es siempre extraña. En este momento es penosa para mí. Le dedico a un cuadro desde la diez de la mañana hasta pasado el mediodía; el resto del tiempo siento el peso de ese cuadro que me exige muchos esfuerzos y el peso de la vida y de mis insomnios, que consumen mucha energía. En este momento estoy profundamente descorazonado. Sin embargo, desde que he vuelto al trabajo, de las cuatro telas que he trabajado, dos son, creo, excelentes. Tengo, además, algunos buenos dibujos. Henri Matisse
- * Al votar, durante la mañana, Lula lamentó que su madre no estuviera viva para verlo elegido presidente. “Lamento haber llegado aquí 22 años después de su muerte, pero al menos llegué”, dijo, con los ojos llenos de lágrimas. Y manifestó que a partir de su victoria “Brasil va a vivir un nuevo tiempo, si Dios lo permite”.
- * Se ha calculado que si un copista transcribiera toda la obra musical de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) emplearía unos 25 años en completar la tarea, trabajando 10 horas por día. Mozart es el compositor (de calidad contrastada) más precoz y más rápido que ha existido. Compuso su ópera “La clemencia de Tito” en sólo 18 días y en otra ocasión compuso, transcribió, ensayó y estrenó en sólo 5 días su sinfonía en Do mayor (Kegel 425), conocida como “Linz”.
- * Muybridgh, la fotografía y el tiempo, espacio y tiempo son los primeros estudios en el arte de manifestar el movimiento en el tiempo.

- * Mientras Prygogine propone que el tiempo existía antes del Big Bang, Bohm habla de que la realidad última, el campo de energía virtual infinito, el orden implicado, (así lo llama él) está fuera del tiempo, él dice que el tiempo es una propiedad del orden explicado, o sea, todo lo que forma el mundo, y puede ser observado.
- Una manera muy interesante de abordar la percepción del tiempo, en el sentido de la relación directa que tiene éste con nuestra percepción de la realidad es, por ejemplo, observas el sol, y te concentras en que esa bola de fuego que ves, la estás viendo como era hace 8´. Luego miras la luna, y la estás viendo como era hace 1 segundo. Luego podés reconocer (al anochecer en esta época del año) a las 3 marías, el cinturón de Orión, esas estrellas las ves como eran hace 1500 años.
- La velocidad de las ondas electromagnéticas (entre ellas nuestras queridos colores visibles) en el vacío es de 300.000 km./seg. esto liga a la idea del tiempo con la organización que se manifiesta en nosotros para percibir la realidad.
- No me acuerdo qué científico, había dicho que el universo, tal como lo observamos, desde los distantes quasars, hasta las flores de cualquier jardín, no son otra cosa que rastros que deja el flujo del tiempo. En este caso, es el tiempo la realidad.
- También es interesante la idea de Einstein (comprobada) de que el espacio está ligado o mejor dicho es indivisible del tiempo. el famoso espacio tiempo. en las cercanías de un cuerpo muy masivo como una estrella de neutrones o un agujero negro el tiempo se ralentiza y en el horizonte de sucesos es decir en el punto de no retorno, el tiempo como lo conocemos se detiene, pues un cuerpo al caer en esa singularidad adquiere una masa infinita y viaja a la velocidad de la luz. ergo se viajas a la velocidad de la luz, estás fuera del tiempo, pero para alcanzar esa masa infinita (masa = energía) necesitas una energía infinita que en este caso se manifestaría como aceleración. esta teoría predecía la posibilidad de que existan taquiones, partículas que solo pueden moverse a mayor velocidad que la luz, y que nunca pueden pasar de nuestro lado del mundo.
- Luego un científico, a principios del XX, Plank su apellido, fue quien se ocupó, ya dentro del marco de la mecánica cuántica, posterior a Einstein, de obtener la medida menor permitida para un cuanto. es decir la unidad. Hay una medida de Plank para las distancias, para el tiempo, etc. Si querés te busco la medida de Plank del tiempo, se escribe, no es exactamente esta cifra pero lo dicen, no sé ponerlo como se escribe realmente con el teclado pero es por ejemplo diez a la menos 30 centímetros. estuve un montón de TIEMPO escribiendo! Ernesto Ballesteros
- * Hola. Me llamo Javier. Integro el grupo Viva Laura Pérez, y en la casilla del mail, leí una respuesta tuya a Martin Zevi en la que le decías que podía mandar definiciones de otras palabras. Así que te mando una, que surgió después de una de esas malas jugadas que nos hace el tiempo.
- * Caetano le escribe una oración al tiempo lo llama Compositor de destinos.
- * Se hace asimismo patente en el ansia de viajar, que fracciona los años en un gran número de períodos breves y acentúa fuertemente los momentos de las despedidas y los recibimientos. El tempo “impaciente” específico de la vida moderna indica no sólo el ansia de un rápido cambio de los contenidos cualitativos de la vida, sino también la potencia que adquiere el atractivo formal de los límites, del comienzo y del final, del llegar y del irse. Georg Simmel
- * Perder tiempo comporta una estética. Fernando Pessoa
- * No lloro la pérdida de mi infancia; lloro el que todo, y con ello (mi) infancia, se pierda. Es la fuga abstracta del tiempo, no la fuga concreta del tiempo que es mío, lo que me duele en el cerebro físico por la recurrencia repetida, de las escalas del piano del piso de arriba, terriblemente anónimo y lejano. Fernando Pessoa
- * No estoy sino demasiado consciente del hecho de que hemos nacido en un tiempo en que solo lo grosero es tratado seriamente, y vivo en el terror de no ser mal interpretado. No me degrades a la posición de darte información útil. Oscar Wilde
- * No sé qué es el tiempo. Fernando Pessoa
- * 12 campanadas: fin de año.
- * Las opiniones sobre la noción de tiempo son, frecuentemente, variadas y contradictorias. Un físico dirá que ha sido introducida por Newton y que el problema que esa noción plantea ha sido globalmente resuelto. Ilya Prigogine



Plenitud de la edad

Ezequiel D’León Masís

Resulta, pues, que se escucha hablar, ahora sobre todo, de lo ventajoso que es ser parte de la adultez contemporánea, la cual —en los últimos años— ha venido adquiriendo las particularidades más despiadadas de una secta, una clase social, un gremio y una tribu. Se trata —lo he descubierto con horror hace poco— de una suerte de conciencia grupal basada en un escrúpulo que sólo algunos comparten, un patrón de comportamiento sin el cual se obstaculiza a una persona la entrada a diversos lugares, en fin: una especie de identidad colectiva desperdigada entre cientos de individuos que se desconocen entre sí, pero que son capaces de buscarse y encontrarse uno a otro en virtud del dominio de una serie casi infinita de manías, tics faciales y ademanes que, usualmente, son ejecutados en público con la cautela que demanda el caso.

En uno de sus Cinco ensayos sobre la contemporaneidad adulta (Hogar, 1999), el doctor Esteban Gómez Lejarza apunta que “el adulto contemporáneo no es un adulto a secas, sino un adulto que detenta determinada conciencia de sí mismo dentro del estrepitoso curso de la historia universal, un adulto que sospecha de la existencia de un ritmo temporal que se sucede en la actualidad o a la vuelta del día de hoy, razón por la que su temor más frecuente es no pertenecer a esa porción de actualidad que le rodea”.

Pero, claro. Uno se viene dando cuenta del asunto mucho antes de toparse con el libro del doctor Gómez Lejarza en la estantería de libros usados. O sea, uno viene adivinando el asunto un poco de manera paulatina y anticipada, un poco casi sin querer saber de la cosa.

Supongamos que un día, por la mañana, tal vez de pronto, tal vez sin haber desayunado todavía, encendés el radio y, por inercia, le prestás atención al parlante, desde donde un aprendiz de locutor, a toda voz, te informa acerca de la apertura de una nueva emisora, llamada justamente “Adulto Contemporáneo, 109.9 F.M.”. Y, bueno, en el momento te resignás a ser un ignorante de lo que se quiere decir con esto de “adulto contemporáneo”, expresión que, por lo demás, preferís juzgar como volátil, sin nada de particular.

Tras ese primer contacto con la adultez contemporánea, tu tranquilidad no se ha visto alterada ni ha sido quebrantada. Pasan luego dos, tres semanas; pensemos que pasa, mejor, un mes entero. Es, digamos, el segundo jueves de enero. Vas por la calle, ya se sabe, caminando hacia el alto edificio en el que te vas a entrevistar con un obeso oficinista que hará lo posible para que se te niegue la oportunidad de trabajar en ese lugar. Pero el hecho es que vas por la calle algo pensativo, algo incrédulo del mundo, lo que se dice un ciudadano apacible o reposado, a tal grado que —en ese lapso tuyo en que vas por la alameda— cualquiera que te observe podría jurar que has olvidado por completo lo que oíste hace un mes al encender el aparato de la radio. Vos mismo, incluso, podrías ser ese cualquiera que te mira y jura con toda certeza sobre tu olvido. Al rato, se te ocurre pensar que has caminado bastante. Te lo repetís en tus adentros: “¡Putá! ¡He caminado bastante!”. Divisás al voceador de los diarios y lo detenés con un fuerte gruñido de simio desconfiado; él, a cambio de la moneda de cinco córdobas que le das, te entrega el periódico. Todo eso lo hacés de pura costumbre. También, por costumbre, buscás en la plazoleta alguna banca que se halle deshabitada y libre; al cabo de un minuto la encontrás: es la misma de siempre y, aunque fuera distinta, para vos sería finalmente una pinche banca nada diferente a todas las que hay en el resto del planeta, porque sí, porque igual te enfada la incomodidad de esos pliegos del periódico, estando sentado en la banca que sea.

Por eso es que, sin demora, te vas directo a la página de opinión, que es la que a vos, en el fondo, te importa. Lees los títulos resaltados en negrita: rápidamente, se intuye que el país sigue como ayer, es decir, aún peor, ya que si las cosas no cambian, lo más lógico es que empeoren y se pudran. Pero acá viene lo trascendente: tus ojos, cansados de la crisis política entre los poderes del Estado, se desplazan cuartillas abajo hasta encontrarse con un publireportaje que celebra la inauguración de una inmensa tienda de vestidos y calzado para varones. Notás lo mucho de ridículo que hay en la fotografía del anuncio: un par de ejecutivos bien portafoliados, jactanciosos de quién sabe qué incomprensible glamour.

Al margen, detectás un recuadro que, en un idioma que no es el tuyo, hace énfasis sobre la exclusividad de la tienda: “Contemporary Adult’s Store”. Ya ves que, en realidad, no has olvidado lo que, hace un mes, oyeron tus orejas por la radio; todo lo contrario: las palabras “adulto contemporáneo, ciento nueve punto nueve, efe eme” acaban de regresar como raudos bumerangs a tu memoria. La repentina curiosidad que te ha nacido en el cerebro se ve saltar como chispa en tus retinas y pronto se convierte en una verdadera intriga tuya por averiguar lo que, en concreto, se quiere significar con eso de “adulto contemporáneo”.

Ni siquiera ha pasado una semana cuando, en el menú de una cafetería en la que has caído por casualidad, descubrí que se ofrecen crepas y canapés de pollo “al mejor estilo adulto contemporáneo”. Tu cara no disimula el estupor que la sacude. El mesero ha tratado de demostrarte dos veces la diferencia que existe entre esa insólita especialidad gastronómica y lo que está descrito en el resto de columnas del menú. Pero no, no hay manera. Sucede que estás fuera del “ritmo temporal” que menciona Gómez Lejarza en su prestigioso libro. Eso explica por qué no alcanzás a descifrar las locuciones un tanto barrocas del mesero. Empezás a imaginar que tu instinto de rechazo contra la adultez contemporánea esconde un sentido demasiado similar al de las protestas que se hacen contra las privatizaciones y los tratados de libre comercio. Tu mente, en un monstruoso afán reivindicatorio, te obliga a pedir un humilde y tradicional refresco de cacao.

Entretanto, un hombre y una mujer, no mayor de treinta y ocho años cada uno, invaden la mesa que está a tu lado izquierdo. Los susodichos platican con un deje de cortesía que nunca has escuchado en boca de nadie; ríen con un deleite que destroza la docilidad total de la atmósfera. Más tarde, solicitan al mesero sendas ensaladas “tipo adulto contemporáneo”. Al escuchar esa rotunda decisión culinaria, sentís algo que no necesariamente es pánico, pero que tiene sus mismas consecuencias en las paredes de tu caja torácica. Has decidido cancelar de una vez la cuenta y largarte de ese espacio que de ningún modo te pertenece.

A partir de entonces, la edad de tu cuerpo responderá a un orden que continuamente se irá separando de tu voluntad; los días de tu vida transcurrirán, sin tregua, entre el presagio y la aparición de alguna que otra referencia acerca de la adultez contemporánea, ésa que —contra tus días y tus noches— jamás acabará de importunarte en tus paseos habituales por la alameda, en el periódico del día, en las oficinas, los altos edificios, salones de teatro, buses, hospitales, reuniones familiares...

24 horas

Patricia Delmar

“The time it’s money”, (“El tiempo es un maní”)
Les Luthiers

1
yerma se llama
y es protagonista,
de mi propia ficción.

desolada
te voy nombrando.

2
pareja neta
de una sola pieza

monolítica,
médula íntegra
de dos talentos.

3
se borraron tres poemas
entre las horas

vigilia ciega,
traspapelada.

4
lunar salpicando
la tierra

duelo de luminarias
albinas
sobre fondo negro.

5
las manos solas
garganta seca

mientras,
un helicóptero frecuenta
el cielo imprevisto
sin puertas

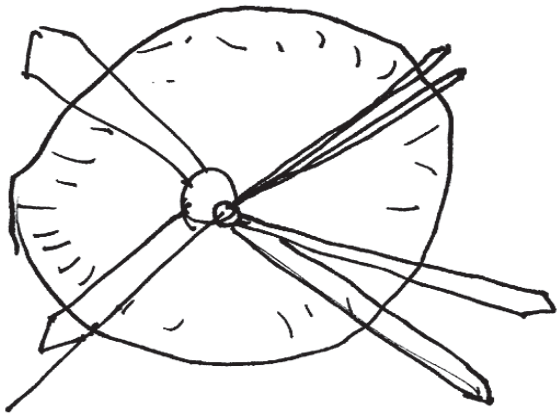
los preámbulos rondan
y aún
zigzaguea
el reparo.

6
ángulo obtuso
de posibles euforias
brotadas
en la costa de la lengua,
nada te consuela

bebe agua:
la lluvia cura.

7
ni siquiera las flores
parecen revelarme lo inédito

¿qué pretendo?
¿una corona?



8
posada diáfana
el océano lavado desde el balcón imaginario
de madera
dibujado en la ventana:
panadería con biblioteca,
carteles de arte
teatro, cine,
y vaya a saber qué más,
y de a poco, llegando,
los bollos horneados
cerca del Mediterráneo,
o a lo mejor,
la florería inaudita
de galas vegetales,
para envíos de homenajes,
o recados pasionales,
de risas cómplices
pasatiempo próspero
contrapunto liberado de agravios laborales
sin espinas.

o la cabaña crujiente
en la isla pacífica de Gauguin
-pinceles evasivos, lápiz y papel-
bajo el éter de las noches
de ultramar
con langostas rosadas
para la cena secreta.

una hora clave
para la tira de espejismos rutilantes
en la diagonal
de los peajes cotidianos.

9
el hueco de la taza,
viento en los oídos
y tenue,
olvidadizo,
el murmullo de la voz opaca,
carretilla de vaguedades,
sonoridad deslucida

llega y se va
voy y vuelvo
fuimos.

10
¿habrá que seguir inmolando las horas de pena
para escribir los versos?
¿o al revés?

11
lo decían los perros
de las once:
no me llevan a pasear.

12
velero dadivoso
desplegado
te vas
y te sigo
montada en tu cubierta
de aire y torrente.



13
dirán:
el trece
la desventura,
azar incierto
de la cifra impar

para otros,
la suerte,
sellada en el misterio
de la mesa de los doce y el Uno.

14
se acerca otro octubre:
efeméride
de una noche en Santo Domingo
tocata y fuga en re menor,
las fresias en el pelo,
anillos,
el beso,
y después,
la huida oportuna
a los molinos de Criptana.

15
pasa, pasa, pasa, pasa, pasa
niña bonita
los minutos son los mismos
eterna insistencia de una gira
milenaria
invariable,
sostenida en la misma dirección
cuyo epicentro
se posa
quieto
y donde la hora no desfila
porque todo queda.

16
las cuatro de la tarde
y los ojos se bajan
al subsuelo de una siesta
resignada
sin complejos,
tendida en un rumor
de ideas vagabundas
con los pies desnudos
y el brazo izquierdo
dormido
sobre una manta
de hormigas incómodas.

17
diecisiete suena a Velázquez
y a la Venus del espejo,
a Cupido enlazado
sosteniendo el desvelo
ante el éxtasis
de tanta belleza
reposada,
nacarada en pigmentos
de un sevillano estoico
que gustó de reflejos,
arrepentimientos,
y juegos duplicados.

18
llegaron las campanas
arrodilladas de ruegos
los oídos sordos
de tanto sonar
y las manos,
vacías de mendigar en la salida.

19
inmersión espumosa
un libro
anteojos

la música custodia
relax tibio,
zambullida aromática
para las siete
de una tarde mullida.

20
devino la noche,
la llamada se antepuso
al sueño
y los ojos se dispararon
en un abanico de pestañas
afiladas
y delatorias

21
caracola de arena
en la playa turquesa
donde te vi estirar el cuello,
reír salvaje
entre cangrejos
ermitaños
y saborear jugos de fruta con hielo,
bombilla y parasol de lona.

excursión heroica
para nuestro equipaje
de apenas
un cuaderno y un sombrero.

era mi cumpleaños,
también el de la reina
de esa ínsula,
real coincidencia.

22
gemelos
tan iguales
y opuestos,
complementados
en el dígito cálculo
del dos más dos son veintidós
y no cuatro,
fantasía cervantina
que hizo lo suyo.

23
un par de ceñidas bahías
a la derecha
del perfil de un ave acuática
acaso un pato
y ahí va:
el veintitrés,
flotante
sobre las mangas
de un lago
todavía perezoso.

24
vuelve el fin al principio
el reloj se rodea
a sí mismo
en un círculo
nada polar
fraccionado,
repartido,
prorrateado,
por nosotros mismos.

* Perteneiente a “Red”, poemario 2004/2006

China posando para una fotografía

Walter Ch. Viegas

un detalle en el detrás

una bañista que pasa inadvertida dos bolsas con las
basuras de alguien una accidente de auto

puede convertir fondo en figura
y ya no importa si la cara del retrato
más que nunca hermosa una sonrisa
en el centro de la escena
queda detenida en ese instante que la convierte en apariencia

sino la quietud con que las cosas del mundo

una vidriera con ropa de liquidación el señor que pasa
el perro del vecino

se someten a repetirse y cansarse
de no ser vistas pues son fondo
y delante de ellas esa sonrisa distrae displicente

esa cara que muestra dientes

queda estampada al frente de otros hombres y muje-
res que cargan sombrillas y frascuitos

en el reverso de dos chinos que bautizan a su toma 559

las playas de Mar del Plata el Torreón del Monje los
lobos marinos

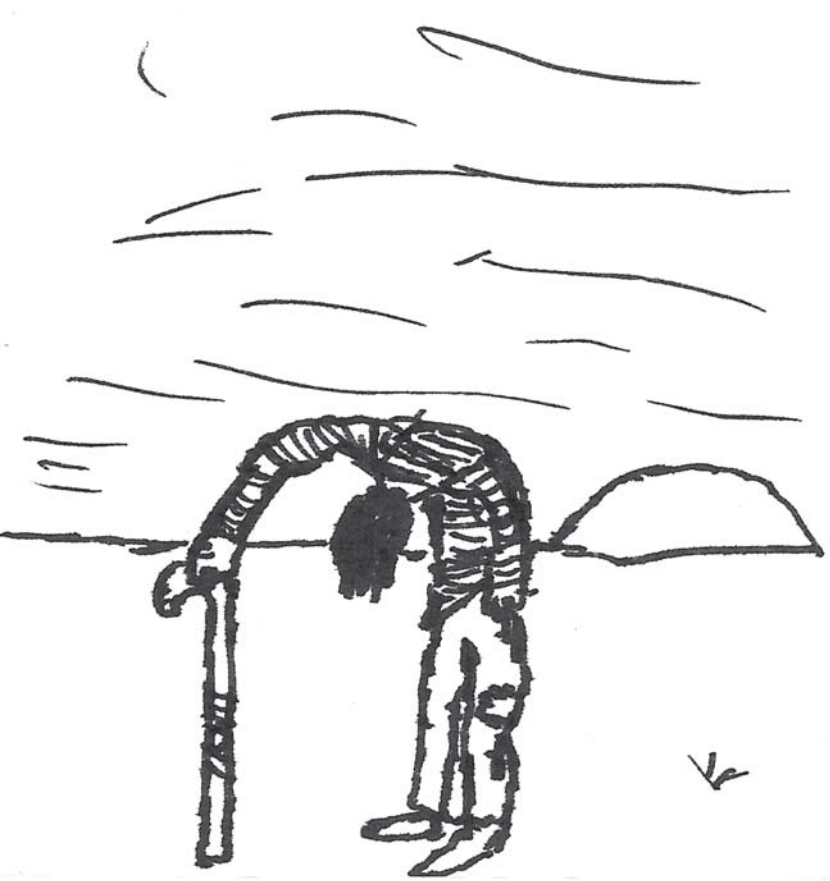
la china sentada junto a la ventana del hotel señalando la Bristol
una foto prohibida
otra foto prohibida

todo lo demás no ha pedido que así se lo detenga

quedan unos pájaros marinos flotando para siempre
en la tarde furiosa
un pliegue de la ropa que jamás volverá a repetirse de
la misma manera
el color de la luz que corresponde a una hora incierta

los trajes de baño pasarán de moda y los anteojos de sol y la manera de
peinarse
año tras año tras la china que sonrío señalando la Bristol
cuando un día sus nietos miren las fotos en un país distante en tiempo y en
espacio
y admiren la hermosa sonrisa

sin saber qué fue de la bañista del perro o de la luz
que ilumina.



El Surmenage de la Muerta

Tiempo ... Identidad

2000. 11 . 2005

En Noviembre del año 2000 se presentaba en el *Centro Cultural Recoleta* el numero “0” de esta publicación: «El Surmenage de la Muerta».

El fallido doble de “vernissage” y “muestra”.

En noviembre de 2005 al cumplirse cinco años de aquel número “0” de-
bió publicarse este número “14”, que con aquel “0”, suman “15”.

No se publicó en ese momento, pero hicimos una pequeña fiesta de cer-
canías y encuentros, propósitos y deseos. Fue bella.

Con el número “14” se cumplía una periodicidad de carácter cuatrimestral,
más cierta, pues, que la trimestral originalmente propuesta, pero -como
siempre se ha dicho- no siempre sería posible. Y así fue.

Sí, en cambio, se cumplió con su permanente tiraje de mil ejemplares en
papel, su presencia en la web y su distribución gratuita; lo que no es poco
para nuestra Argentina de todos estos años, pero...

Llegado a los cinco años, terminado este tiempo de la más tierna infancia,
«El Surmenage» debe comenzar otra etapa con el objetivo de lograr una
mayor organicidad, incorporando a sus principales colaboradores para que
cada uno de ellos asuma la tarea de continuar en este proyecto
comunitariamente como hasta el presente, pero con la expectativa de otra
estructura que permita navegar el futuro con un horizonte más amplio.

Será responsabilidad del futuro staff sumar contenidos, convocar nuevos
compañeros, desarrollar la propuesta originaria, ampliar las posibilidades
de todos los que participan de este proyecto y crecer en el tiempo.

Así, saludando y como punto de partida para esta nueva era, se ofrece
como propuesta y también como tema para el próximo número “la identi-
dad”, cualquiera ella sea, hasta la propia.

Gracias a todos los que hasta hoy han acompañado esta ilusión.

Gracias desde ya a los que se sumen.

Que siga su rumbo y nos pertenezca.

Fernando Fazzolari

El Surmenage de la Muerta

(el enigma del doble fallido)

(tiempos temporosos, 5 años 5)

Colaboran en este número:

Diana **Aisenberg**, Edda **Bikker**, Patricia **Carini**, Pablo E. **Chacón**, Patricia **Delmar**, Ezequiel **D'León Masís**,
Fernando **Fazzolari**, Romina **Ferrari**, Romina **Freschi**, Jorge **Garnica**, Sara **González Ortúzar**, Estela
Kallay, Anna **Kliszcz**, Adriana **Kogan**, Alicia **Labín**, Ana **Lema**, Silvia Elena **Machado**, María **Medrano**,
María José **Mena**, Carolina **Montano**, Mariella **Nigro**, Beatriz **Pastrana**, Juan Félix **Pérez Jaglin**, Laura **Ross**,
Ana **Rossel**, Alejandra **San Martín**, Nuria **Schneller**, Taller U. 31, Walter Ch. **Viegas**, Roxana **Villarino**,
Eduardo **Zabala**.

Ilustradores: Franco, Magdalena y Guadalupe Fazzolari, en los tiempos del metrónomo de la alegría
Idea Editorial: Fernando Fazzolari.

El Surmenage de la Muerta es un medio de construcción colectiva que se materializa con la participación de los
artistas en la producción del mismo. Se espera como siempre que, para las páginas de los siguientes números,
textos de más colegas se acerquen a construirla, continuarla y darle sentido.
La periodicidad deseada es trimestral. No siempre será posible.
El periódico es de distribución gratuita.

Su fin es que forme parte de nuestro medio como una obra de arte más entre todas las que circulan por el país.
Parte de sus objetivos están destinados a ofrecer diferentes visiones de la sociedad en que nos toca vivir desde la
mirada de los artistas. Los documentos publicados pasan a formar parte del sitio en Internet:
www.surmenagedelamuerta.com.ar

Los autores de cada artículo se responsabilizan por lo manifestado en ellos y no necesariamente significan un
acuerdo desde lo editorial.

Diseño y armado: Fernando García Delgado c/o Vórtice Argentina

Té. 4304-8972 | Email: mailart@vorticeargentina.com.ar

El Surmenage de la Muerta

Avda. de Mayo 1180, 2 piso, Buenos Aires, C1085ABO, Argentina.
email: elsurmenage@ciudad.com.ar / editor@surmenagedelamuerta.com.ar

El Surmenage de la Muerta.

Registro de Propiedad Intelectual, en trámite.